

Una perspectiva sobre la transición política en Suráfrica

MACHARIA MUNENE¹

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS (NAIROBI, KENIA)

Resumen

Suráfrica fue el primer país en sufrir una colonización considerable y la última en terminar con un Gobierno oficial formado por gente blanca. La Suráfrica racista había gobernado Namibia en representación, primero, de la Liga de Naciones y, posteriormente, de las Naciones Unidas. En Suráfrica se afianzaron las estructuras de Gobierno oficiales racistas justo en el momento en que el resto del mundo condenaba el racismo. El país aprovechó la Guerra Fría para reivindicarse como bastión de la civilización occidental en África contra las comunidades negras de inspiración comunista. Las mismas estructuras se mantuvieron vigentes aproximadamente cuarenta años después de que el resto de países africanos hubiese obtenido la independencia política.

Las continuas presiones en el propio país y en el ámbito internacional obligaron a Suráfrica a abandonar la estructura política del apartheid. A comienzos de 1990, el país inició un periodo de transición que tuvo que llevarse a cabo con precauciones para evitar el caos. Los dos hombres que lograron el cambio fueron el entonces presidente Frederick de Klerk, que representaba los intereses de los blancos, y el prisionero al que él mismo liberó en 1990, Nelson Mandela, que encarnaba las aspiraciones de la gente negra. La tarea de Mandela consistió en crear un estado de confianza en la nueva Suráfrica y consiguió cambiar la imagen del país, que pasó de tener la consideración de Estado racista inaceptable a convertirse en un elemento clave de África en las negociaciones internacionales. Cuando Mandela dejó la presidencia, su adjunto Thabo Mbeki asumió el cargo y tuvo que afrontar cuestiones a largo plazo sobre la política de la transición.

Palabras clave: Suráfrica, transición política, Frederick de Klerk, Nelson Mandela, *apartheid*.

Abstract

South Africa was first to suffer substantial colonial settlement and the last to end rule by white people officially ruled. Racist South Africa had ruled Namibia on behalf of, first League of Nations and then the United Nations. Within South Africa, it entrenched official

¹ Traducción al castellano realizada por el Servei de Llengües y Terminologia de la Universitat Jaume I.

racist governing structures that were termed apartheid at the very time that the rest of the world was condemning racism. It took advantage of the Cold War to claim that it was an ideological bastion of Western Civilisation in Africa against Communist inspired blacks; it worked for roughly forty years after the rest of Africa attained political independence.

Prolonged domestic and international pressure forced South Africa to abandon the apartheid political structure. Beginning 1990, South Africa entered a transition period that required prudent management in order to avoid chaos. The two men who successfully managed this change were President Frederick de Klerk representing the interests of white people and the prisoner he released in 1990, Nelson Mandela, who represented the aspirations of black people. Mandela's task was to create a sense of confidence in the new South Africa and he succeeded in changing the image of South Africa from that of an unacceptable racist country into an African player in international dealings. He retired from the presidency and left his deputy, Thabo Mbeki, to worry about long term issues of transition politics.

Keywords: South Africa, political transition, Frederick de Klerk, Nelson Mandela, apartheid.

I. INTRODUCCIÓN

Entre todas las colonias europeas en África, Suráfrica era única en muchos sentidos. Fue la primera en sufrir una colonización considerable y fue la última en terminar con el colonialismo clásico, en el que los blancos gobernaban oficialmente a los negros como una cuestión de derecho. Ese derecho, presentado como natural, se basaba en la Biblia y en la ciencia de la evolución. La Suráfrica racista estaba completamente aceptada como miembro de los foros internacionales porque la propia comunidad internacional era racista y tenía poco espacio para la opinión africana. El país fue miembro de los dominios británicos, todos ellos autónomos y gobernados por blancos, así como miembro fundador de la extinta Liga de Naciones. Después de la Primera Guerra Mundial, se le dio la responsabilidad de gobernar África del Suroeste, Namibia, en representación de la nueva Liga de Naciones, y confiaba convertir ese territorio del mandato en provincia suya. Esperaba que los colonizadores alemanes ejercitaran su derecho de autodeterminación para unirse a Suráfrica como sexta provincia, pero los colonizadores rechazaron la propuesta en un referéndum en 1922. Después de la Segunda Guerra Mundial, Suráfrica fue miembro fundador de la actual Organización de las Naciones Unidas, que convirtió a los territorios del mandato en administraciones fiduciarias sin cambiar los poderes de mandato. Suráfrica, por lo tanto, continuó gobernando África del suroeste. Después de la Segunda Guerra Mundial, los blancos que gobernaban a africanos adquirieron también atributos ideológicos a causa de la Guerra Fría, en la que los arquitectos del *apartheid* afirmaron ser defensores de intereses occidentales contra los desafíos comunistas en África.

Esta afirmación dio a los gobernantes racistas de Suráfrica una protección ideológica durante más de cuarenta años, hasta que la estructura del *apartheid* quedó suficientemente sacudida para permitir una transición política que eliminó oficialmente el racismo.

II. LA ESTRUCTURA DEL APARTHEID DE 1945 A 1990

Suráfrica se distinguió después de la Segunda Guerra Mundial por ir en contra de la corriente internacional en cuestiones raciales. En Alemania, Adolf Hitler había dado un mal nombre al racismo por sus atrocidades, cometidas contra judíos en tanto que entidad racial. La nueva Organización de Naciones Unidas logró publicar en 1950 un informe en el que se afirmaba que no había base científica para reivindicar que una raza fuera superior o inferior a cualquier otra. Como resultado, las potencias trataron de huir en la medida de lo posible de las políticas racistas que las podrían relacionar con la Alemania nazi. El único país o dominio británico que se dirigió oficialmente en el sentido contrario fue Suráfrica, después de que en las elecciones de 1948 saliera elegido un gobierno de blancos. En esas elecciones ganó el Partido Nacionalista, cuyos miembros habían estado en la cárcel durante la Segunda Guerra Mundial a causa de su apoyo a la Alemania nazi. Para ellos no había nada malo en el racismo, a pesar de lo que pudieran afirmar las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas se convirtieron en el escenario de dos movimientos potentes que desató la Segunda Guerra Mundial y que competían por acaparar la atención general: en primer lugar, un creciente movimiento anticolonial relacionado con la práctica del racismo no sólo en las colonias sino también en países occidentales, sobre todo en los Estados Unidos de América; en segundo lugar, el esfuerzo occidental para contener al comunismo y la influencia soviética en una competición de gran alcance llamada Guerra Fría. Durante el proceso, el racismo se convirtió en un factor a tener en cuenta en el surgimiento de esta guerra, tanto en las colonias como en occidente. Suráfrica adoptó la Guerra Fría para sostener el racismo, estableciendo estructuras que asegurarían la esclavitud perpetua de los africanos. Dichas estructuras acabaron por llamarse *apartheid*, es decir, evoluciones separadas de acuerdo con líneas raciales, de manera que las razas no podían mezclarse. Sin embargo, en las Naciones Unidas el *apartheid* se convirtió en una palabra que denotaba el mal.

Durante los años cincuenta y sesenta se produjeron varios cambios fuera y dentro de Suráfrica que acentuaron la idea de que el *apartheid* era negati-

vo y no aceptable en el ámbito del discurso internacional. Dentro del continente, el éxito de diferentes tipos de movimientos anticoloniales en otras partes de África inspiró a los africanos de Suráfrica. Para empezar, las guerras anticoloniales en dos colonias con colonizadores predominantemente blancos obligaron a replantear el valor y la viabilidad de las posesiones políticas coloniales, y al mismo tiempo aceleraron la independencia de esas colonias. La Guerra de los Mau Mau contra los ingleses había allanado el terreno para la independencia de Kenia, con el líder Mau Mau, Jomo Kenyatta, como primer presidente. De manera parecida, la Guerra de Argelia casi provocó una rebelión civil en Francia y forzó a los reacios franceses a salir de Argelia. Como los británicos no pudieron conservar Kenia ni los franceses retener Argelia indefinidamente, otras colonias pasaron a ser susceptibles de convertirse en independientes. Los africanos de Suráfrica estaban observando todos estos procesos y, como indicó Mandela en 1990, se decidieron a actuar.

Sucedieron también algunos cambios en Suráfrica que seguían las tendencias anticoloniales generales y algunos que atrajeron una atención desfavorable hacia el régimen blanco. En 1955 se produjeron encuentros de personas, partidos y organizaciones opuestos al apartheid, que posteriormente publicaron la Carta de la Libertad, declarando que Suráfrica pertenecía a todas las personas que vivían en ella, independientemente de su raza. En 1960 se produjo la masacre de más de 200 africanos que protestaban contra el apartheid en Sharpville y tuvo lugar el Juicio de la Traición de Rivonia, con Nelson Mandela –líder del Congreso Nacional Africano (CNA) que había fundado *Umkonto we Sizwe*, (Lanza de la Nación)– como protagonista, al haber organizado la resistencia armada contra el apartheid. Mandela fue encarcelado y permaneció en la cárcel durante 27 años, fue liberado en 1990.

En la década de los sesenta convergieron, por lo tanto, factores externos e internos que convirtieron a Suráfrica en un Estado paria. Con un número mayor de nuevos países africanos en las Naciones Unidas y otros foros internacionales, el privilegio de Suráfrica de hablar por África, como había sido el caso antes de 1960, desapareció y el país fue expulsado de las Naciones Unidas. Se convirtió en el objetivo de los esfuerzos de liberación por parte de la recientemente creada Organización para la Unidad Africana, que estableció un Comité de Liberación situado en Tanzania. Fue en tanto que objetivo de los esfuerzos de liberación que la Suráfrica del *apartheid* se declaró república y abandonó la *Commonwealth* pero mantuvo relaciones cercanas con las potencias blancas. Dichas conexiones se convirtieron en una fuente de conflictos regulares entre los Estados africanos y Occidente.

Durante un tiempo, Suráfrica apeló con éxito al racismo occidental al representarse como el bastión de la civilización cristiana occidental contra la

invasión del comunismo en nombre de la liberación negra. Esta llamada fue especialmente efectiva en los Estados Unidos, que continuaban sintiéndose incómodos por la manera en que trataban a sus ciudadanos negros, quienes, a su vez, tendían a identificarse con los movimientos de liberación. Después de ser humillados en Vietnam, los Estados Unidos tropezaron en Angola, con lo cual aceleraron la consiguiente derrota del *apartheid*. Los Estados Unidos animaron a Suráfrica a invadir Angola para impedir que el MPLA formara gobierno cuando los portugueses se retiraron con el resultado final de que el MPLA propinó, con ayuda cubana, una gran paliza a las dos potencias blancas. A ello siguió el desastre de Rodesia, donde el candidato no deseado por Occidente, Robert Mugabe, ganó las elecciones de 1980 y cambió el nombre de Rodesia por el de Zimbabwe. Los cálculos occidentales parecieron ser contraproducentes porque el anticomunismo no era un antídoto fuerte para el movimiento antiapartheid que tomó impulso en la década de los ochenta.

Los cambios dentro y fuera del país agravaron la situación de Suráfrica, especialmente en la década de los ochenta. La resistencia estudiantil a la educación bantú creció hasta convertirse en el movimiento del poder negro, bajo el liderazgo de Steve Biko, mientras que la respuesta del Gobierno provocó una atención no deseada. Muchos activistas se convirtieron en refugiados y encontraron cobijo en Estados de primera línea desde donde tendieron a organizar ataques esporádicos en Suráfrica y a aumentar la presión sobre los que consentían el *apartheid*, entre los cuales se hallaba el presidente Ronald Reagan, que había mostrado abiertamente su simpatía por el *apartheid* y reclamaba que Suráfrica se convirtiera en aliada de los EE UU. La presión, sin embargo, forzó un cambio de actitud y como consecuencia se firmó la legislación antiapartheid. Así pues, cada vez más países, bajo la presión de un amplio espectro mundial de activistas, declararon su hostilidad al *apartheid* y llegaron al punto de dejar de invertir en Suráfrica.

Tales presiones externas e internas forzaron a las élites sudafricanas a replantearse el apartheid a la luz del cambiante entorno internacional. Este replanteamiento pareció coincidir con los cambios surgidos en Europa del este, donde el sistema soviético de control, basado en la ideología comunista, era muy semejante al sistema de control del apartheid, basado en el racismo. Las dos áreas parecían haber repuntado como zonas de grave preocupación después de la Segunda Guerra Mundial y las dos parecían haberse quedado sin aliento a finales de la década de los ochenta. En las dos, la gente, que había crecido dentro de sus propios sistemas, se desilusionó y decidió cambiarlos. Para el sistema soviético, la persona clave fue Mijaíl Gorbachov, mientras que para el apartheid, se trató de Frederick de Klerk.

Al convertirse en presidente, de Klerk comprendió su entorno doméstico e internacional y aceptó que el apartheid como sistema de control racial estaba condenado. Por lo tanto, empezó el proceso de desmantelamiento del sistema en el que él fue educado, anunció el levantamiento de la prohibición al CNA y a otros partidos políticos, así como la liberación de Mandela de la prisión después de 27 años. Esto sucedió en 1990 y así fue como él ayudó a eliminar los atributos políticos visibles del apartheid con la esperanza de que Suráfrica fuera readmitida en la comunidad de naciones como un país respetable amante de la paz. También negoció la salida de su cargo como presidente y consiguió un Premio Nobel de la Paz.

III. SURÁFRICA DESPUÉS DEL APARTHEID, 1990-2005

De Klerk compartió el Premio Nobel de la Paz con Mandela, el preso que él había liberado, porque en ese momento de la transición Suráfrica dependió sobremanera de la perspicacia política de estos dos hombres. Para de Klerk, la tarea consistió en convencer a los blancos de que no tenían mucho que perder abandonando la autoridad política a los negros y, excepto con algunos extremistas, lo logró. Mandela tuvo, por su parte, muchas y difíciles tareas. Tuvo que hacerse cargo de un incordio político llamado Mangosuthu Buthelezi y su Partido de la Libertad Inkhatha, empujado por el sistema del *apartheid* como líder de los zulúes en Natal y posible alternativa a Mandela. Al mismo tiempo, tuvo que convencer a muchos de sus seguidores para que moderaran sus expectativas y dieran una oportunidad al experimento de la transición mientras a su vez hacía lo posible para no espantar a los barones económicos blancos y a los inversores occidentales. Al enfrentarse a estos desafíos, Mandela pareció estar bien preparado por su larga permanencia en prisión, donde había tenido tiempo para reflexionar y analizar cómo habían abordado situaciones semejantes otras personas, especialmente Jomo Kenyatta en Kenia.

Mandela admiraba a Kenyatta y lo consideraba una fuente de inspiración, pero fue capaz de evitar sus errores. Al subir a la presidencia, adoptó un tono muy conciliatorio hacia sus carceleros y al mismo tiempo insistió en que la nueva Suráfrica tomaría sus propias decisiones. Ayudó a crear una Comisión de la Verdad y la Reconciliación encabezada por el obispo Desmond Tutu como instrumento de curación nacional. Por otro lado, la manera de afrontar el problema de Buthelezi fue magistral como

técnica de dispersión de una molestia política, nombrándole dos veces presidente en funciones, en momentos muy adecuados en los que él y el vicepresidente se encontraban fuera de Suráfrica. Así, fue Buthelezi quien, como presidente en funciones, suprimió las quejas en su área de Natal e invadió Lesoto cuando hubo una tentativa de golpe. Después de ello, Buthelezi dejó de ser una molestia política. Por encima de todo, Mandela fue suficientemente inteligente para saber cuándo dejar su cargo y permitir que otra persona tratara con los restos del *apartheid*. En consecuencia, decidió gobernar sólo durante un mandato y de esta manera se consideró a sí mismo como un presidente de transición.

Es el sucesor de Mandela, Thabo Mbeki, quien ha tenido que responder al descontento dentro de Suráfrica sobre las instituciones del *apartheid* que continúan vigentes. El delicado tema de la redistribución de las tierras no se ha abordado, a pesar de las crecientes demandas que ha recibido el Gobierno por parte de africanos para que se trate esta cuestión. El tema queda agravado por el desarrollo de los acontecimientos en Zimbabwe, donde otro pequeño grupo de blancos posee propiedades inmensas de tierra y donde Mugabe ha intentado enfocar el asunto con retraso sólo para acabar siendo el centro de la atención internacional. Respecto a esta cuestión, Mbeki se mueve en un delicado equilibrio. Por otro lado, también están las importantes instituciones de estado que continúan actuando como si el *apartheid* político estuviera todavía vigente. Se trata de organismos de estado educativos y socioeconómicos que incorporan a algunos ciudadanos negros pero que en conjunto continúan sin cambios en lo que se refiere a la actitud hacia los negros, quienes tienen cada vez más conciencia de clase. Como resultado, continúan las tensiones raciales y aumentan las de clase en varias instituciones a las que a menudo se les resta importancia, en el esfuerzo de presentar a una Suráfrica resurgente.

Una Suráfrica resurgente es lo que Mbeki querría presentar como Renacimiento africano, no sólo en Suráfrica, sino también en el resto de África y del mundo. Se trata de un esfuerzo por convertir a Suráfrica en el líder político y económico del continente africano, esfuerzo que ha triunfado en gran parte. La posición política internacional de Suráfrica queda respaldada por el prestigio de Mandela debido a su autoridad moral. Dentro de África han tendido a surgir algunas rivalidades regionales todavía limitadas a áreas en conflicto, como por ejemplo en la crisis del Congo, donde los intereses de Zimbabwe parecían chocar con los intereses de Suráfrica.

IV. CONCLUSIÓN

Suráfrica ha experimentado una importante transición política tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Formaba parte del esfuerzo europeo por crear numerosos países blancos, controlando políticamente algunos territorios en África e imponiendo el *colonialismo clásico*. La Segunda Guerra Mundial confundió la creencia en la idea de superioridad racial en la que se basaba el *colonialismo clásico*, porque Hitler había matado a muchas personas en nombre de la raza. Sin embargo, Suráfrica fue en contra de la tendencia internacional, que consistía en huir del racismo oficial, al inaugurar oficialmente el *apartheid* como doctrina nacional. Así se preparó para contradecir a los crecientes movimientos anticoloniales y antirracistas en África.

Los movimientos anticoloniales de otros países comportaron cambios políticos que afectaron tanto a los blancos y a los negros sudafricanos oprimidos como a sus opresores blancos. A medida que se intensificaba la opresión, el éxito de las guerras anticoloniales en Kenia y Argelia se convirtió en una inspiración para los negros de Suráfrica y fueron adoptando gradualmente tácticas semejantes en forma de *Umkonto we Sizwe*. La formación de la OUA (Organización para la Unidad Africana) con un comité de liberación fue un estímulo para los negros. Suráfrica perdió credibilidad internacional incluso entre las potencias blancas a pesar de reivindicarse como bastión de la civilización cristiana occidental en África. Las presiones internas y externas, especialmente en la década de los 80, forzaron el colapso del sistema del *apartheid* y el desafío de pasar de un régimen blanco racista a uno que abrazara todas las razas.

La aparentemente tranquila transición política requirió una gestión muy cuidadosa cuyo éxito se debió principalmente a dos hombres: por un lado, de Klerk, que se dio cuenta de que el sistema del *apartheid* estaba condenado y negoció después las mejores condiciones posibles para sus electores blancos; por el otro, Mandela, inspiración para muchas personas dentro y fuera de Suráfrica. Fue Mandela quien tuvo que moderar las expectativas de los negros, encontrar la manera de crear una reconciliación política entre las razas y calmar las quejas políticas de los diferentes grupos africanos. Él ayudó a convertir al estado paria de Suráfrica en una entidad política respetable y legó un país intacto a su sucesor, Mbeki, cuyo mayor problema consiste ahora en abordar los restos del *apartheid* estructural que no fueron desmantelados por la libertad política.